

# GUSTAD Y VED

**30 MEDITACIONES EN LOS SALMOS**  
SOBRE LA BONDAD DE DIOS

Gustad y ved: 30 Meditaciones en los Salmos sobre bondad de Dios  
Copyright © 2020 por B&H Español  
Todos los derechos reservados.  
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group  
Nashville, TN 37234

A menos que se indique lo contrario, las letras de los himnos presentados en esta obra no son las versiones oficiales, en caso de haberlas, sino que han sido traducidas de manera literal con el fin de mantener la esencia de la letra original.

Toda dirección de Internet contenida en este libro se ofrece solo como un recurso. No intentan condonar ni implican un respaldo por parte de B&H Publishing Group. Además, B&H no respalda el contenido de estos sitios.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc. ®. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión *Reina-Valera 1960* ™ 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. *Reina-Valera 1960* ® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

# GUSTAD Y VED

30 MEDITACIONES en los Salmos  
sobre la bondad de Dios



## Una nota del editor

En una conmovedora escena de *El León, la bruja y el ropero*, Susana, una de las niñas que había entrado al mundo mágico de Narnia, es sorprendida al darse cuenta de que pronto conocería a Aslan, el gran león. Temerosa, le dice al Sr. Castor: «Me siento un poco nerviosa de conocer a un león». Tras preguntarle al Sr. Castor si Aslan era inofensivo, él respondió «¿Inofensivo? ¿quién ha dicho que Él es inofensivo? ¡Por supuesto que no es inofensivo! Pero, verás, es bueno. Es el Rey».

La bondad de Dios es una de las doctrinas más ignoradas en el corazón del hombre. Por un lado, algunos suelen pensar que la bondad de Dios los excusa para vivir una vida de pecado, pensando que Su bondad ignora sus faltas. Por otro lado, algunos pudieran pensar que han pecado tanto, que la bondad de Dios ya no es para ellos. Ambas posturas, de acuerdo a la Biblia, son imprecisas, pues ignoran que la bondad de Dios es una bondad justa que castiga el pecado, y a la vez es una bondad llena de gracia que cubre todo mal.

Sí, encontrarnos con un Dios que es todopoderoso, santo, justo, omnipresente y omnisapiente seguro debe ser aterrador. La Biblia nos advierte que «horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo» (Heb. 10:31, RVR1960). Pero, es este mismo Dios al que el salmista nos invita a conocer: «Gustad y ved que es bueno Jehová; Dichoso el hombre que confía en él» (Sal. 34:8, RVR1960). Un Dios soberano y todopoderoso no sería de consuelo para ningún ser humano, si ese Dios no fuera bueno. Pero qué maravilla que el Dios que gobierna y controla todas las cosas, no solo *puede* salvarnos, sino que también *quiere*. Tal es la bendición de la bondad de Dios.

¿Cómo es que un Dios santo puede ser bueno? Verás, en la historia ficción de C.S. Lewis, Aslan representa al Gran León de Judá, nuestro Señor Jesús. El argumento más grande a favor de la bondad de Dios es que el Gran León ha venido ya, y dio Su vida por nosotros, tomando nuestra maldad sobre Sus hombros y dándonos a cambio Su corazón, lleno de gracia y bondad. Por tanto, si estás en Jesús, la bondad de Dios habla más fuerte que cualquiera de tus pecados, pues Él sigue intercediendo por ti ahora mismo.

Así, en tiempos difíciles, te invito a meditar en estos devocionales que exaltan la bondad de Dios, y así puedas refugiarte en esta verdad: «Bueno

es el Señor; es refugio en el día de la angustia, y protector de los que en él confían» (Nah. 1:7, RVR1960). Permite que esta verdad te lleve hacia Él... verás, Él es bueno. Es el Rey.

*Gracia y paz,*

**Giancarlo Montemayor**

Director editorial, B&H y Biblias Holman

## SALMO 30

«Señor mi Dios, te pedí ayuda y me sanaste»  
(Sal. 30:2).

Pedimos ayuda cuando estamos en un momento de inmensa necesidad y nos sentimos incapaces de sortear la dificultad por nosotros mismos. Ante un accidente, una carencia extrema o una emergencia médica, no dudamos en gritar con todas nuestras fuerzas, lanzando un clamor que es poco probable que pase desapercibido, aunque podría ser ignorado por los que nos rodean.

Cuando pasamos por momentos difíciles, también tendemos a alzar nuestros ojos a Dios, buscando Su ayuda. Podremos ser creyentes comprometidos, solo domingueros, apartados de la religión por mucho tiempo, quizás agnósticos dubitativos o hasta ateos desafiantes, lo cierto es que acudir a Dios es algo que muchos harán, aun como último recurso, en momentos de dificultad.

Los que buscamos ayuda tratamos de que el ayudador sea, de alguna manera, competente para solucionar nuestra necesidad. Dependiendo de nuestra dificultad, pediremos la presencia de un médico, los bomberos o la policía. La llegada de una persona calificada para atender nuestra dificultad traerá paz a nuestro corazón porque confiamos que seremos adecuadamente ayudados.

El salmista, cuando acude a Dios por ayuda, lo reconoce como «Señor mi Dios». Al reconocer a Dios como Señor damos testimonio de Su dominio sobre todas las cosas y de Su derecho de propiedad, control y autoridad sobre nuestras vidas. Nosotros somos sus criaturas, nos conoce por nuestro nombre y conoce por completo nuestra necesidad. Jesucristo nos enseñó que podemos orar al Padre y pedir ayuda en medio de nuestras dificultades porque el «Padre sabe lo que [necesitamos] antes de que [lo pidamos]» (Mat. 6:8). El Señor no nos atiende con la compasión de un bombero que acude al llamado de una persona desconocida, sino con el amor inconmensurable de un padre que busca sanar la herida de su propio hijo.

El rey David, en este salmo, al decir «mi Dios», afirmaba que gozaba de

una relación personal con aquel que está por encima de todas las cosas, el Creador del universo, el Único, santo y glorioso. Tal afirmación podría hacernos sentir que estamos descalificados y que nunca podremos acceder a ese tipo de relación. Sin embargo, nosotros podemos decir «mi Dios» porque el Señor del cielo y la tierra decidió venir en nuestra búsqueda y darnos la relación con Él que, por nuestros propios méritos, no podríamos alcanzar jamás. Las buenas noticias son que Jesucristo, Dios mismo, se hizo hombre para tomar nuestro lugar, pagar por nuestra liberación, deshacer nuestras desdichas y perdonar para siempre nuestros pecados. Por eso David, después de decir «mi Dios», declara: «Tú, Señor, me sacaste del sepulcro; me hiciste revivir de entre los muertos» (v. 3).

Podemos estar pasando momentos muy difíciles, podemos haber perdido las fuerzas y hasta la esperanza, pero si rindes tu vida al Señor y clamas por Su ayuda, podrás decir con el salmista: «Oye, Señor; compadécete de mí. ¡Sé tú, Señor, mi ayuda!» (v. 10).

## SALMO 3

«No me asustan los numerosos escuadrones que me acosan  
por doquier»  
(Sal. 3:6).

Este salmo fue escrito cuando David se enfrentaba a mucho peligro, ya que su propio hijo, Absalón, conspiró en su contra para tomar el trono y se ganó el favor del pueblo.

Cuánto dolor trae la traición y más aún cuando viene de tu propia sangre. Imagina cuánta incertidumbre y peligro vivía David debido a que su hijo conocía cómo pensaba y vivía. Cuánta confusión vivía porque ganar esta batalla, le costaría la vida de su propio hijo. Pareciera un problema del que no podría salir victorioso. Muchas veces nuestros problemas se sienten así; son tan grandes que no sabemos cómo resolverlos. Mientras más tiempo pensamos en el problema, más grande parece ser y sentimos que no hay salida. En momentos como este debemos imitar a David, un hombre conforme al corazón de Dios.

David, en lugar de continuar enfocándose en el problema, comenzó a enfocarse en su Dios. Al poner su vista en Dios, aunque el problema no cambió, David sí cambió. Cuando comenzamos a fijar nuestra vista en Dios, los problemas, no importa cuán grande sean, en comparación al tamaño de Dios, comienzan a tomar su debido lugar y parecen ser más pequeños porque confiamos en *El Shaddai*, el Dios de lo imposible. Comparado con Él, ningún problema es grande.

Pero conocer que Dios es grande no es suficiente para tranquilizarnos a menos que confiemos que Él está a favor nuestro (Rom. 8:31). Él es nuestro escudo, Él nos protege de los dardos de nuestros enemigos y nada puede traspasar este escudo a menos que Él lo permita; y si lo permite, usará esto para nuestro bien (Rom. 8:28). Es la fe y la confianza en Él lo que nos permite levantar nuestra cabeza para enfrentar la batalla (Ef. 6:16). Al contemplar Su rostro, y mientras más lo miramos, más bello y fuerte nos parece porque nos aproximamos cada vez más a Su gran majestad. Dios es nuestra respuesta a cualquier problema que podamos tener y Él nos responde de la manera que

Él considera es más apropiada. Debemos confiar en Su respuesta. ¿Quién sabe mejor que *Elohim*, el omnisciente? Él tiene propósito en todo y no debemos temer, sino confiar en Él.

Confía en Su bondad, confía en Su sabiduría y confía en Su amor. No es casualidad que Dios declara «no temas» 365 veces en la Biblia, sin incluir otras frases o palabras que tienen el mismo significado. Todos los días del año Él nos dice «no temas», sino confía. ¿Por qué? ¡Porque Él es confiable! Si Dios hizo lo imposible para salvarnos, algo que era imposible en nuestro poder, ¿cómo no nos ayudará y nos protegerá de todos los peligros y problemas que enfrentamos ahora?

Así que, seamos «fuertes y valientes. No [temamos ni nos asustemos...], pues el Señor [nuestro] Dios siempre [nos] acompañará; nunca [nos] dejará ni [nos] abandonará» (Deut. 31:6).

## SALMO 65

«¡Dichoso aquel a quien tú escoges, al que atraes a ti para que viva en tus atrios! Sáciemonos de los bienes de tu casa, de los dones de tu santo templo»

(Sal. 65:4).

Este es un salmo sobre el Dios de la naturaleza, un Dios poderoso que controla todo, un Dios lleno de gracia y fuente de toda cosecha, tanto física como espiritual. Su grandeza y santidad es tal que quedamos sin palabras delante de Él. Si no fuera por Su bondad al perdonarnos, no podríamos presentarnos delante de Él. Él es el Dios de Sion que escucha las oraciones de todos los rectos de corazón. Su pueblo es toda persona que se humilla delante de Él, que pide perdón y se entrega a Él; entonces somos saciados con el bien de Su casa, Su santo templo. Y todo el que se entrega a Él, de todos los confines de la tierra, puede confiar en Él y maravillarse de sus obras. Él no hace acepción de personas (Rom, 2:11), para que gente de toda lengua y tribu puedan rendirle la gloria que merece (Apoc. 7:9).

«Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos» (Sal. 19:1). Sin embargo, cuando Él nos perdona y se convierte en nuestro Salvador, no solamente la tierra demuestra Su gloria, ¡sino Su pueblo también le da gloria! Da gloria a *El Shaddai*, quien controla el rugido del mar (Mar. 4:35-41), quien creó los montes (Juan 1:3), quien tranquiliza el tumulto de los pueblos y trae paz a aquellos que ha salvado (Fil. 4:7). Él provee todas nuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús, nuestro Salvador (Fil 4:19). ¡No solamente es el Dios de poder, sino el Dios de gracia y bondad! A pesar de nuestra maldad, Él nos provee y nos protege. Él pagó la deuda que era imposible que pagáramos; ¡ha comprado nuestra eternidad! Compró nuestra paz eterna y, por ende, hemos recibido Su bondad mientras caminamos aquí. Él manda la lluvia sobre los justos y los injustos (Mat. 5:45), sin embargo, a sus justos, aquellos que somos cu-

biertos por Su sangre, trae paz, la paz que sobrepasa todo entendimiento y que guarda nuestros corazones y nuestras mentes en Cristo Jesús (Fil. 4:7).

Su bondad va más allá de lo que podemos entender (Ef. 3:20); convierte a enemigos en hijos (Rom. 5:10). ¡Oh, que comprendamos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seamos llenos hasta la medida de toda Su plenitud (Ef. 3:18-19)! Ahora es el tiempo de confiar en el Dios de toda bondad, el Dios que nos ha revelado Su amor, el Dios que nos llama a darle toda la gloria como Su naturaleza lo hace. ¡Canta con voces de júbilo con Su naturaleza!

## SALMO 146

«Alabaré al Señor toda mi vida; mientras haya aliento en mí,  
cantaré salmos a mi Dios»  
(Sal. 146:2).

Este salmo inicia con esta exuberante expresión de alabanza a nuestro Dios. El salmista se percató de que no puede poner su confianza en los hombres, por más poderosos que sean o por mejores intenciones que tengan, porque no pueden resolver los grandes problemas, pandemias o las crisis de la vida (v. 3). En contraposición con los poderosos de la tierra, en Dios sí tenemos ayuda y esperanza (v. 5).

Hay algunas cosas que necesitamos aprender en las circunstancias difíciles que estamos enfrentando y que nos recuerdan que nuestro Dios es nuestro único sumo bien.

1. Él es el creador de los cielos y la tierra, del mar y de todo lo que hay en ellos (v. 6). ¡Él hace salir el sol sobre Su creación anunciando Su bondad con cada amanecer; ¡cabalga sobre los cielos para venir en nuestra ayuda (Deut. 33:26)!
2. Él cumple todas sus promesas (v. 6b). En los versículos 7-9 la bondad de Dios brilla con más fulgor, porque Él se deleita en sostener al débil y al necesitado.

Nuestro mundo está sufriendo, y mi corazón es incapaz e insuficiente de dolerse con cada persona que llora y sufre a mi alrededor. ¡Pero alabado sea Dios! Él se duele con cada uno que sufre porque conoce nuestras circunstancias y Él es bueno.

Al hacerse hombre, en la persona del Hijo, Jesucristo, Él fue experimentado en aflicción, llevó nuestras enfermedades, cargó nuestros dolores y por eso puedes estar seguro de que entiende y se compadece de nuestras tristezas (Isa. 53). Él puede entender cada dolor y sufrimiento por el que estás atravesando en este momento.

«El Señor hace justicia a los oprimidos, da de comer a los hambrientos y pone en libertad a los cautivos. El Señor da vista a los ciegos, el Señor sostiene a los agobiados, el Señor ama a los justos. El Señor protege al extranjero y sostiene al huérfano y a la viuda...» (vv. 7-9).

Se menciona cinco veces «el Señor» en estos versículos. El salmista nos recuerda quién es el que nos ayuda. Quizás te sientas oprimido y te preguntas: «¿Hasta cuándo durará esta situación?». Recuerda que Dios no nos deja ser probados más allá de lo que podemos soportar y juntamente con la prueba nos da la salida. Tal vez tienes temor de que tu familia padezca hambre; recuerda que Dios cumple todas sus promesas y Su Palabra declara: «Así que mi Dios les proveerá de todo lo que necesiten, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús» (Fil. 4:19). ¿Estás siendo presa del temor y de la ansiedad? El Señor te sostiene y te protege. Y si eres extranjero, huérfano o viuda, descansa; tú eres objeto de Su especial cuidado y amor.

La lista de Su bondad para con nosotros podría seguir y seguir. El punto es este: ¡confía en Dios, y alábalo! Te invito a comenzar y terminar como el salmista. Pronuncia ahora, con tus labios, las palabras finales del salmo:

*¡Oh Sión, que el Señor reine para siempre!  
 ¡Que tu Dios reine por todas las generaciones!  
 ¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor!*

## SALMO 36

«Tu amor, Señor, llega hasta los cielos;  
tu fidelidad alcanza las nubes»  
(Sal. 36:5).

Este salmo es un lamento que contrasta la maldad del hombre y la bondad de Dios. Este contraste es marcado aún más por la ironía de las imágenes usadas por el autor. El hombre es malvado, y pareciera que está encerrado en su propia maldad sin ninguna salida. Sus pensamientos y deseos nacen de un entorno pequeño: su corazón, sus ojos y su cama, demostrando lo absurdo que es que el hombre malvado se jacte. La maldad de este hombre nace de él, y se enfoca en él; sus planes aborrecibles y sus pensamientos soberbios. Agustín comenta con respecto a este salmo: «La Palabra de Dios es tu adversario, si eres amigo de la impiedad...».<sup>1</sup>

La idea de tener a Dios y Su Palabra como nuestro adversario empeora cuando vemos realmente lo bueno que es Dios. Como contraste al hombre malvado, Dios es presentado como bueno, y Su bondad se extiende mucho más allá del hombre.

La bondad de Dios es resumida en misericordia, justicia, juicio, y Su fidelidad a preservar toda la creación. Incluso, irónicamente, el hombre malvado es sostenido por la bondad de Dios y, si Él desistiera de sostenerlo, el hombre malvado perdería todo lo que ha acumulado.

---

<sup>1</sup> Agustín de Hipona, «Expositions on the Book of Psalms» [Exposición sobre el Libro de los Salmos] en *Saint Augustin: Expositions on the Book of Psalms*, ed. Philip Schaff, trad. A. Cleveland Coxe, vol. 8, *A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church, First Series* (New York: Christian Literature Company, 1888), 86.

Lo que es digno de reconocer es que, en este salmo, y a lo largo de la Biblia, no hay un hombre presentado como naturalmente bueno. Hay dos tipos de personas en el mundo: el malvado que sigue confiando en sí mismo y el malvado que ha confiado en Dios. A este último, Dios lo recibe en misericordia (v. 7) y, mediante la luz de Dios, es capaz de ver su maldad y la bondad de Dios con claridad. En ese sentido, los rectos de corazón (v. 10) no son así naturalmente, sino que su rectitud de corazón es producto de todo lo anterior: haberse saciado de Dios (v. 8), haber conocido la vida y la luz de Dios (v. 9).

¿Cuál es el punto? Es fácil juzgar al malvado por su necesidad. Como cristianos solemos pensar que el malvado es otro, y no nosotros. Es difícil ver lo propenso que nosotros somos de retraernos dentro de nuestro propio corazón, nuestros planes aborrecibles y pensamientos soberbios. El salmista nos llama a lamentar la maldad no solo en el mundo, sino en nuestro propio corazón; y al dibujarnos una imagen clara y preciosa de la bondad de Dios, somos atraídos a rendirnos delante de Su misericordia.

Nuestra única esperanza para tratar con la maldad de este mundo y nuestro corazón es depender de la bondad y la misericordia de Dios.

## SALMO 49

«Pero Dios me rescatará de las garras del sepulcro y  
con él me llevará»  
(Sal. 49:15).

El Salmo 49 se categoriza como un salmo de sabiduría. Cuando observamos que los malvados prosperan y son una amenaza para nosotros, ¿cómo podemos responder? ¿Debemos temer? Los hijos de Coré nos llaman a reflexionar sobre este temor a la luz del fin que les espera a todos, independiente de su supuesto éxito en esta vida.

La cruda realidad a la que nos señala el salmista es que todos moriremos, y esa muerte empareja el terreno de todos. Quizás durante esta vida algunos prosperarán más que otros, y quizás aún por medios corruptos, pero la muerte los espera. La muerte es juez de todos, exponiendo en qué han confiado durante su vida. Muchos confían en sus riquezas, suponiendo que por haber logrado mucho en esta vida, serán recibidos por Dios en la próxima (vv. 7-9). Pero esto es denominado como vanagloria. Confiar en cualquier cosa producida por nuestras manos, ya sea dinero, trabajo y buenas obras, es establecer nuestra vida y nuestro futuro sobre la arena. Cuando la vida es vivida así, el sepulcro se volverá nuestra casa para siempre (v. 11).

Aunque el hombre fue diseñado como superior a las bestias, cuando confiamos en la creación, en las riquezas, en nuestra soberbia y buscamos redimir nuestra propia alma con nuestros logros, somos igual que las bestias (v. 12). El autor afirma de nuevo en el último versículo que esta vanagloria, sin entendimiento, resulta en que el hombre sea como las bestias.

¿Cuál es este entendimiento que podrá rescatar al hombre de morir igual

que las bestias? La respuesta la encontramos en versículo 15: «Pero Dios me rescatará de las garras del sepulcro y con él me llevará».

Es fácil pensar que, en medio del sufrimiento y pobreza, deberíamos ser más como la gente próspera. Rápidamente volcamos nuestra atención a las maneras en las que el mundo soluciona su vida. Intentamos redimir nuestra propia vida con riquezas, salud y felicidad, cuando todas esas cosas son temporales y todos nuestros logros y bienes se desvanecerán. En medio de la pobreza, del dolor y de la enfermedad, cuando observamos a nuestro alrededor y los demás son ricos, saludables y felices, no podemos caer en la tentación de emular al mundo. Nuestra única opción es arrojarnos sobre la bondad de Dios. El redentor no es una cuenta bancaria, ni un reporte de salud, sino que es Dios, con manos clavadas y la tumba vacía. La única esperanza de que podamos evitar que el sepulcro sea nuestro hogar para siempre, es confiando en Él, quien ha conquistado el sepulcro y la muerte.

No codicies el éxito o la prosperidad de tu prójimo, por el contrario, ora para que tanto tú como él puedan saber dónde se encuentra la verdadera riqueza: en Dios, quien redime nuestra alma del sepulcro y nos recibe para siempre. De lo contrario, tanto nosotros como nuestro prójimo, podríamos terminar igual que las bestias: muertos para siempre.

## SALMO 44

«¡Por siempre nos gloriaremos en Dios!  
¡Por siempre alabaremos tu nombre!»  
(Sal. 44:8).

Solemos asociar la bondad de Dios a nuestra vida cuando todo fluye sin contratiempos. Estamos sanos, tenemos empleo, nuestras finanzas están bien, nuestra familia está unida y exclamamos a gran voz: «¡Dios es bueno!». Y eso es verdad, Dios es bueno todo el tiempo.

Sin embargo, podemos hacer memoria y recordar cuán bueno es Dios, no solo en la temporada de *vacas gordas*, sino en la temporada de *vacas flacas* también (Gén. 41). En este salmo, el salmista hace memoria de lo que Dios hizo en el pasado con Su pueblo, con Israel, recuerda cómo mostró Su bondad, Su cuidado y Su protección delante de sus enemigos.

«Porque no fue su espada la que conquistó la tierra, ni fue su brazo el que les dio la victoria: fue tu brazo, tu mano derecha; fue la luz de tu rostro, porque tú los amabas» (v. 3).

El salmista reconoce que solo con Dios podemos combatir a nuestros enemigos; no con nuestras armas, no en nuestras fuerzas porque, aunque lográramos obtener la victoria, esta no sería duradera.

Pero Dios es bueno *siempre*. Aun en nuestras luchas no nos deja solos, no nos envía al frente de la batalla sin Su presencia y, aun cuando pareciera que Dios se ha olvidado de nosotros, no ha sido así. Dios no está lejano, no se ha olvidado de nosotros y mientras estemos a Su lado, y Él al nuestro, debemos confiar.

Es en medio de los dolores, los desastres y los sufrimientos, que podemos experimentar con más fuerza Su bondad. Ahí experimentamos Su cuidado,

Su protección, Su sustento y también Su presencia. No nos abandona. ¿No es bueno Dios? A través de las pruebas, Dios nos santifica.

Pasar por pruebas no debería sorprendernos porque se nos advierte de esto en 1 Pedro 4:12, pero también se nos ha prometido que Dios estará con nosotros mientras esto suceda (Isa. 43:2). No temamos, Dios no se olvida de nosotros y Él ha sido fiel a todas y cada una de sus promesas.

Es posible que nos suceda como al salmista: podemos creer que Dios se ha olvidado de nosotros porque, a nuestros ojos, nos está yendo mal. Me encanta el versículo 20: «Si hubiéramos olvidado el nombre de nuestro Dios...». Este hombre reconocía que, si se hubieran alejado de Dios, estarían muertos, y no solo perseguidos.

Clamemos a Dios porque Él es bueno, porque en nadie más hay paz para el alma, nadie más nos ayuda en tiempos de aflicción y nadie más nos redime por Su misericordia.

«Estamos abatidos hasta el polvo; nuestro cuerpo se arrastra por el suelo. Levántate, ven a ayudarnos, y por tu gran amor, ¡rescátanos!» (vv. 25-26).

Demos gracias a Dios porque no nos deja solos, jamás lo hará (Mat. 28:20). Recordemos quién es Él y lo que ha hecho en nosotros para que seamos como una luz que alumbra a quienes nos rodean; ¡que cada ciudad y el mundo entero vea la luz de Jesucristo!

## SALMO 73

«Para mí el bien es estar cerca de Dios. He hecho del Señor  
Soberano mi refugio para contar todas sus obras»  
(Sal. 73:28).

¿Alguna vez te has sentido tentado a abandonar tu fe con todo lo que esto implica? ¿Piensas que te equivocaste al seguir al Señor? Si es así, no estás solo en esa experiencia. También Asaf, el autor del Salmo 73, pasó por ese trance. Debido a ello, su testimonio es tan valioso para todos los que se encuentran en esta situación.

Como es habitual en otros salmos, Asaf nos proporciona la conclusión de lo que, en todos los sentidos, fue una prueba de su fe al comienzo: «En verdad, ¡cuán bueno es Dios con Israel, con los puros de corazón!» (v. 1). Pero para llegar hasta este puerto, a salvo de la tormenta que se desató sobre su alma, Asaf vivió malos momentos. Lo podemos apreciar en el pormenorizado relato que nos proporciona sobre su tentación en los versículos 2-14. En esencia, lo que alteró a Asaf, hasta el punto de decir «yo estuve a punto de caer, y poco me faltó para que resbalara» (v. 2), fue observar la prosperidad de los impíos, aquellos que, aun despreciando a Dios y sus caminos (v. 11), y comportándose con violencia y soberbia (v. 8), gozaban de salud y riquezas (vv. 4, 7, 12), y alcanzaban todo lo que se proponían en esta vida. Si esto es así, ¿realmente vale la pena esforzarse en los caminos de Dios y en la santidad? Esta es la cuestión que considera Asaf: «En verdad, ¿de qué me sirve mantener mi corazón limpio y mis manos lavadas en la inocencia?» (v. 13).

¿Cómo libró Asaf esta tentación tan sutil? Lo explica a continuación con el propósito de que, si tú y yo nos encontramos en una situación similar,

sepamos cómo escapar de la misma. Es en el santuario de Dios (v. 17), ese lugar establecido por Dios para la reconciliación con Su pueblo por medio del sacrificio, donde Asaf adquirió una iluminadora comprensión de la peligrosa, frágil e insegura posición de los que no conocen a Dios. Disfrutaban de un bienestar temporal ¡que pierden repentinamente! (vv. 18-20).

El camino de regreso a Dios es duro, el Señor le muestra su pecado, necesidad y torpeza, (vv. 21-22). Pero el salmista observa que es Dios el que lo saca del hoyo y que, en realidad, nunca le había abandonado, ni siquiera cuando Asaf estaba siendo tentado a renunciar a Dios (vv. 23-24). ¿En qué consiste la bondad que menciona Asaf en este salmo (v. 1)? En saber que tener a Dios es lo mejor (v. 25), que nada se puede comparar con Él. Asaf se levantó de su postración espiritual para contemplar con una nueva luz a Dios como su roca, su porción y su esperanza eterna (vv. 26-28). Nuestro bien radica en estar centrados en Dios. Acercarnos a Él es el bien supremo (v. 28). Y esto es posible para nosotros en nuestro santuario, el Señor Jesucristo, muerto y resucitado para nuestra salvación.

## SALMO 37

«Encomienda al Señor tu camino;  
confía en él, y él actuará»  
(Sal. 37:5).

En este salmo encontramos una exhortación a la necesidad de deleitarnos y confiar en Dios. En medio de nuestras aflicciones, cuando nuestro corazón sufre el embate de serias amenazas que roban la paz, la pregunta es: ¿dónde estamos poniendo nuestra confianza?

Mientras las circunstancias de la vida nos favorecen, esa realidad del corazón puede pasar desapercibida. Pero es en las pruebas cuando somos realmente desafiados a revelar nuestra verdadera fuente de confianza y protección.

Aquí, de manera general, el salmista nos ilustra la dinámica esencial de nuestra relación con Dios. Es un proceso donde, por un lado, somos exhortados a confiar y deleitarnos en Dios y, por el otro lado, Dios promete bendecirnos. El texto señala: «Confía en el Señor y haz el bien; establécete en la tierra y mantente fiel. Deléitate en el Señor, y él te concederá los deseos de tu corazón» (vv. 3-4). Somos llamados a cultivar una relación de intimidad con Dios, a tener en Él tanta confianza y deleite, que transforme completamente nuestros deseos y aspiraciones en esta vida. Debemos alcanzar un deleite tan profundo en Dios que terminamos deseando más de Él.

Este deleite en Dios se refleja en cómo aprendemos a depender de Él. Encontramos, en primer lugar, el deber al cual todos somos exhortados: «Encomienda al Señor tu camino; confía en él...» (v. 5).

Basado en una experiencia de intimidad con Dios, ahora somos movidos a confiar en Él. En otras palabras, habiendo experimentado Su bondad y Su

fidelidad en el pasado, entonces somos motivados a rendirnos en nuestros desafíos presentes.

Es una dependencia que tiene como fundamento un conocimiento experimental de Dios. Es una rendición que tiene como base un deleite. ¡El orden no puede ser alterado!

Nuestra capacidad de rendirnos y confiar en Dios es directamente proporcional a nuestro grado de conocimiento de Él. Es una obediencia que nace de intimidad previa.

Cuando hablo de encomendarnos me refiero a entregarnos por completo. Es un acto de fe donde me declaro totalmente dependiente de Dios. Hasta que no veamos nuestra pequeñez e incapacidad, no podremos apreciar la grandeza de Dios. Es un obligatorio reconocimiento que producirá la necesaria humildad. En otras palabras, mientras Dios aparezca como una simple opción, lo más que podremos alcanzar es una apreciación, pero no una rendición. El límite de mi posibilidad es la antesala para la oportunidad de Dios.

El texto concluye con la respuesta de Dios: «... y él actuará» (v. 5). Es una muestra del poder Dios que viene luego de una muestra de humildad en nosotros. Dios actúa cuando el escenario está despejado y asume el rol del personaje principal. El texto es una promesa de que Dios dispondrá Su bondad y Su poder para hacernos el bien. La idea es que Dios tomará el caso en sus manos; Él cumplirá sus promesas.

¡La verdadera ayuda viene cuando nos rendimos a Dios totalmente porque lo conocemos íntimamente!

## SALMO 118

«Es mejor refugiarse en el Señor  
que confiar en el hombre»  
(Sal. 118:8).

En un sentido muy particular, este es un salmo de acción de gracias por las misericordias de Dios. En los primeros cuatro versículos somos exhortados a dar gracias al Señor, y el argumento en cada caso es el mismo: «Su gran amor perdura para siempre».

El salmista está lleno de gozo y gratitud ante las tantas evidencias de la bondad de Dios para con él.

Y, en gran manera, es ese recuerdo de la fidelidad de Dios para con nosotros en el pasado, lo que nos mueve a alabarle en el presente y a confiarle el futuro. El salmista aquí nos ilustra esa realidad a manera de testimonio.

Encontramos, en primer lugar, el relato de una experiencia de liberación del salmista: «Desde mi angustia clamé al Señor, y él respondió dándome libertad» (v. 5). Hubo, en el pasado, una particular aflicción que lo movió a clamar al Señor, y Dios le mostró Su bondad al rescatarlo mediante Su poder. En medio de la aflicción, el salmista hizo lo que todos nosotros debemos hacer: orar. Él hizo su deber y dejó los resultados en manos de Dios. Y, justamente, fue esa respuesta particular de Dios lo que lo impactó de manera profunda y se convirtió en el motivo de gratitud en el presente.

Luego, en los versículos 6-7, el salmista reflexiona sobre esa experiencia. Hay una verdad aprendida en su relación con Dios que ahora se convierte en una poderosa convicción. Y es esa convicción la que genera en él una actitud de fe: «El Señor está conmigo, y no tengo miedo; ¿qué me puede

hacer un simple mortal? El Señor está conmigo, él es mi ayuda; ¡ya veré por los suelos a los que me odian!» (vv. 6-7). Observemos que su temor no es disipado por algo que él pudo ver o hacer en sí mismo, sino por lo que Dios es y puede hacer. Cuando, en medio de la aflicción, Dios nos concede la gracia para reconocerlo en Su grandeza y Su poder, entonces seremos capaces de ver las circunstancias presentes en su verdadera dimensión. Si no somos capaces de ver a Dios en la aflicción, entonces la descripción de la realidad está incompleta. ¡Dios siempre está con nosotros!

Finalmente, en el versículo 8, el salmista nos externa su resolución como producto de su experiencia y reflexión. El texto señala: «Es mejor refugiarse en el Señor que confiar en el hombre» (v. 8). La exhortación es un llamado a discernir entre dos opciones. Es un llamado a ejercitar la sabiduría, no simplemente entre algo bueno y malo, sino entre lo bueno y lo mejor. En medio de nuestras aflicciones debemos diligentemente encontrar un refugio para preservar nuestras almas del miedo, de la ansiedad y de la desesperación. El salmista nos exhorta a elegir bien. El mejor refugio para nuestras almas siempre será nuestro fiel Creador. ¡La evidencia de un corazón bendecido es un corazón que confía en Dios!

## SALMO 72

«Él libraré al indigente que pide auxilio, y al pobre que no tiene quien lo ayude. Se compadecerá del desvalido y del necesitado, y a los menesterosos les salvará la vida. Los libraré de la opresión y la violencia, porque considera valiosa su vida»

(Sal. 72:12-14).

Cada vez que un nuevo gobernante llega al poder, en cualquier país, hay mucha expectativa: ¿será un gobernante justo?, ¿cumplirá sus promesas de prosperidad?, ¿sus políticas y decisiones promoverán el florecimiento de todo el país, o solo beneficiarán a los corruptos?, ¿cómo tratará a los pobres y desamparados?, ¿ayudará a los afligidos y necesitados?

Nunca hubo expectativas tan altas hacia un heredero al trono como las que el pueblo de Israel tenía con respecto a Salomón, el hijo de David, a quien fue dedicado originalmente este salmo. Dios, en Su gracia, prometió a David que el trono de su familia permanecería para siempre y que llegaría a gobernar sobre todas las naciones. Esta promesa es un mensaje de esperanza no solo para Israel, sino para todas las naciones. El hijo de David sería identificado como el hijo de Dios, Su representante en la tierra (2 Sam. 7).

El Salmo 72 nos ayuda a entender cómo Israel veía el pacto de Dios con David. El rey de Israel sería perfectamente justo (vv.1-4). Su reino sería eterno y abarcaría todo el mundo (vv. 5-11). Sería un rey exaltado para siempre, y por medio del cual el Señor cumpliría Su promesa a Abraham de traer bendición a la humanidad (vv. 15-17; ver Génesis 12:2-3). Y en medio del salmo, hallamos los versículos destacados arriba, que nos enseñan que este rey sería compasivo y misericordioso hacia los afligidos y necesitados. ¡Sería

horrible que el rey soberano fuera despiadado y desinteresado por nuestro bien! Así que el Salmo 72 nos llena de gozo cuando reconocemos la bondad de Dios en Su promesa.

Siglos después, sabemos qué pasó con Salomón. Él falló en representar a Dios. Las promesas del pacto se cumplieron en Su vida de manera parcial. La Biblia relata que el cumplimiento de ellas requeriría la llegada de alguien más grande que Salomón y David (Mat. 12:42; 22:41-46). Eso es lo que tenemos en Jesús. Él es el cumplimiento de estas promesas llenas de gloria. ¡Cristo es el verdadero Rey del Salmo 72! Él tiene toda autoridad en los cielos y en la tierra (Mat. 28:18), y nadie es tan justo y misericordioso como Él. Cristo es capaz de socorrernos perfectamente en la aflicción y está dispuesto a hacerlo cuando nadie más puede hacerlo.

El Rey del universo y de tu vida es el Rey que mostró Su amor al ir a una cruz para redimirnos con Su propia sangre, y asegurar que no seamos consumidos por causa de nuestros pecados al estar ante Su santidad y Su justicia, cuando Su reino futuro en este mundo sea consumado. Por lo tanto, podemos confiar en que Él siempre tiene una buena razón para permitir todo sufrimiento pasajero en nuestras vidas. Podemos descansar en Él, pues Su bondad no tiene final. Una vez que entendemos esta realidad, ¿cómo no alabarlo y vivir procurando confiar cada día más en Su amor? Medita en esto hasta que tu corazón estalle de adoración al Rey.

Día 12

## SALMO 36

«Tu amor, Señor, llega hasta los cielos;  
tu fidelidad alcanza las nubes»  
(Sal. 36:5).

En los primeros versículos de este salmo vemos reflexionar a David sobre la maldad del corazón impío. A veces podemos creer que la descripción que él presenta no tiene nada que ver con nosotros, pero en realidad sí. El apóstol Pablo cita el primer versículo de este salmo para resumir la condición pecadora de toda la raza humana (Rom. 3:18). A los ojos del Señor, todos hemos pecado por vivir sin temor delante de Él. Por eso merecemos Su juicio sobre nosotros. Estas son las malas noticias de la Biblia.

Pero sabemos que eso no es todo lo que enseña la Palabra de Dios. Si nuestro pecado es inmenso, la misericordia de Dios es más inmensa aún, como nos recuerda este salmo. De hecho, Dios siempre nos trata en esta vida mucho mejor de lo que merecemos. Toda dificultad que atravesamos en este lado de la eternidad es pequeña en comparación a lo que merecemos por nuestro egoísmo, orgullo y rebelión ante Dios.

La bondad de Dios no termina allí, sino que es más grande aún. No solo nos preserva en esta vida mucho más de lo que merecemos, sino que también nos permite acercarnos a Él para gozar de satisfacción y comunión con Él. Como dice el salmo: «Tú, SEÑOR, cuidas de hombres y animales; ¡cuán precioso, oh Dios, es tu gran amor! Todo ser humano halla refugio a la sombra de tus alas. Se sacian de la abundancia de tu casa; les das a beber de tu río de deleites. Porque en ti está la fuente de la vida, y en tu luz podemos ver la luz» (vv. 7-9).

Cuando pensamos en esto, podemos ver que hay una seria tensión en este salmo. ¿Cómo puede Dios darnos a beber del torrente de sus delicias, siendo nosotros pecadores, y aun así ser justo? El resto de la historia bíblica explica la solución a esta tensión. Incluso en nuestros momentos de mayor dolor, podemos beber del manantial de la vida a pesar de nuestro pecado porque el Hijo de Dios pagó el precio de nuestra redención (2 Cor. 5:18-21). Podemos ser saciados de la grosura de la casa de Dios porque Su Hijo abrió la puerta para nosotros. Podemos ver que la misericordia de Dios llega hasta los cielos, y mucho más arriba, porque Él envió a Su Hijo a descender a la tierra para que gocemos Su perdón.

Estas son las buenas noticias de la Biblia. Si creemos el evangelio, sabemos que ninguna de nuestras circunstancias adversas se debe al abandono de Dios porque Jesús fue abandonado en una cruz en nuestro lugar. Así podemos vivir con esperanza y gozar de Su bondad, sabiendo que no solo somos tratados mejor de lo que merecemos hoy, sino que llegará el día en que disfrutaremos, por gracia, plenamente la gloria y alegría en Dios que solo el Hijo merece. Medita en esta verdad y deja que te sostenga en medio de la dificultad.

## SALMO 116

«Yo amo al Señor porque él escucha mi voz suplicante»

(Sal. 116:1).

Este es un salmo de gran consuelo en tiempos de angustia. Es un cántico elevado al Señor en gratitud a una oración respondida, un himno a la bondad de Dios. En tiempos difíciles, el Salmo 116 se convertirá en tu oración predilecta. En medio de muchos temores, estos versos han hablado a mi corazón, y espero que hablen al tuyo también. El salmista empieza con la conclusión. Ama al Señor, porque ha escuchado sus súplicas (v. 1) y se compromete a invocar Su nombre todos los días de su vida (v. 2).

Los salmos muchas veces elevan oraciones al Señor pidiendo protección sobre nuestros enemigos, pero en esta ocasión, el peor de los enemigos está al acecho. El creyente se halla rodeado por las ligaduras de la muerte, las angustias del sepulcro lo han encontrado, hay angustia y dolor (v. 3). En días de profunda oscuridad, recuerda que el Señor es tu pastor (v. 4). Clama al cielo. Dile al Señor que libre tu alma, aun en valle de sombra de muerte (Sal. 23:4). Como creyentes podemos levantar nuestras súplicas a Dios, y sabemos que nos escucha. No nos escucha porque deba hacerlo, o porque seamos merecedores de ello. Nuestra paz reside en Su carácter, no en el nuestro. El salmista clama: «¡Te ruego, Señor, que me salves la vida!» (v. 4), porque sabe que «el Señor es compasivo y justo» (v. 5). El Señor escucha el clamor de sus siervos cuando se postran ante Él. Si nos hacemos como niños, si nos humillamos ante Su trono, Él guarda a los sencillos, levanta a los postrados, salva a los atribulados (v. 6).

Entonces, ante la respuesta del Señor, ya no tiene sentido estar ansioso. El salmista, como en el Salmo 42:11, habla consigo mismo diciéndole a su

alma que vuelva a su reposo porque el Señor le ha colmado de favores (v. 7). La muerte llamaba a la puerta, y ahora apreciamos con gozo cada día de vida. El Señor nos libra del sepulcro, de las lágrimas, de que nuestros pies resbalen (v. 8). Nuestras almas ven la respuesta del Señor, y le atribuyen a Él todo el mérito. Huye de la tentación de pensar que pudiera haber mérito en ti, o que al fin y al cabo los problemas vienen y van.

El salmista expresa cuál ha de ser nuestra actitud ante la respuesta soberana de Dios. Él nos ha librado de la muerte, Él es nuestro ayudador poderoso y, por tanto, hemos de invocar Su nombre para darle gloria y publicar Su grandeza en la congregación de los redimidos (vv. 13-14; 18-19). No lo olvides querido hermano: somos sus hijos. Nuestra vida es preciosa a sus ojos. Si vivimos, para Él vivimos. Si nos ha dado más días de vida, salud, fuerzas y voz, es para entonar sus alabanzas (vv. 16-17). Y si morimos, para Él morimos, pues «mucho valor tiene a los ojos del Señor la muerte de sus fieles». Si Él nos llama mediante la muerte, el morir es ganancia, pues no hay bien más precioso que contemplar Su gloria.

Día 14

## SALMO 111

«Ha hecho memorables sus maravillas.  
¡El Señor es clemente y compasivo!»  
(Sal. 111: 4).

«¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor!», exclama el salmista al comenzar este cántico. Es una expresión de júbilo que está acompañada de su determinación de hacerlo con toda la congregación de aquellos que aman al Señor.

En estos tiempos de separación, cuando no podemos congregarnos como asamblea del pueblo de Dios, entendemos mucho mejor ese deseo del corazón del salmista. Todos anhelamos volver a encontrarnos para alabar a nuestro Dios. Pertenece a la Iglesia de Cristo y ese hecho nos lleva a desear alabar al Señor de corazón todos reunidos.

El autor recurre a la fuente inagotable de la esperanza y de la confianza del creyente: las obras asombrosas del Señor, que muestran Su grandeza, gloria, justicia y poder. Y al mismo tiempo Su misericordia, gracia y compromiso eterno con Su pueblo. Este es el tema del salmo.

Se hace referencia a las obras de Dios al menos cuatro veces en este cántico. Debes prestar mucha atención a las obras de Dios. Sí, sus obras muestran quién es. Y el salmista no se está refiriendo a la creación, sino a los hechos en relación con el pueblo de Dios. Sus obras producen temor y reverencia, y al mismo tiempo nos llevan a admirarle. Estas obras deben ser «estudiadas» (v. 2) por aquellos que desean deleitarse en ellas.

En estos tiempos donde la desesperanza, la frustración, los temores, la ansiedad, las lágrimas y el dolor, pueden estar nublando nuestra visión, volvamos una y otra vez a estudiar sus maravillosas y portentosas obras, para

deleitarnos en nuestro maravilloso Dios y Señor.

«Ha hecho memorables sus maravillas» (v. 4), es decir, las ha hecho «para ser recordadas» (LBLA), para que tengamos memoria de ellas y podamos unirnos a este precioso canto: «... ¡El Señor es clemente y compasivo!».

Y a partir de ahí el salmista recuerda cómo el Señor ha provisto para su sustento, y sobre todo cómo sus obras están caracterizadas siempre por la verdad y la justicia.

Hay una hermosa armonía en toda la Palabra que insiste en hacer memoria de las obras de Dios como una fuente inagotable de esperanza y confianza en Su poder y Su fidelidad. Por ejemplo, en el Salmo 77, Asaf habla sobre esa profunda depresión en la que se encontraba, rehusando el consuelo; se quejaba y desmayaba, hasta que al fin exclama: «Prefiero recordar las hazañas del Señor, traer a la memoria sus milagros de antaño» (v. 11). Pablo también lo menciona: «De hecho, todo lo que se escribió en el pasado se escribió para enseñarnos, a fin de que, alentados por las Escrituras, perseveremos en mantener nuestra esperanza» (Rom. 15:4).

Recordemos las obras del Señor y cobremos aliento en medio de las actuales circunstancias. No perdamos la esperanza de que el Dios de la historia es nuestro Dios y Él «pagó el precio del rescate de su pueblo y estableció su pacto para siempre. ¡Su nombre es santo e imponente!» (Sal. 111:9).

Día 15

## SALMO 86

«Reconforta el espíritu de tu siervo, porque a ti,  
Señor, elevo mi alma»  
(Sal. 86:4).

¿Por qué orar a Dios en súplica, adoración y gratitud en medio de tus tribulaciones? La respuesta a esta pregunta es *hessed*, una palabra hebrea que aparece tres veces en el Salmo 86 (vv. 5, 13, 15). *Hessed* se repite 100 veces en el Libro de los Salmos y describe el amor incondicional, fiel, y particular que Dios tiene hacia Su pueblo. En Éxodo 34, cuando Dios desciende al monte para renovar Su pacto con Su pueblo, Moisés describe a Dios y Su pacto en el versículo 7 de la siguiente manera: «... que mantiene su amor [*hessed*] hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero que no deja sin castigo al culpable». *Hessed* está vinculado con el pacto de Dios para Su pueblo y Su redención particular por Su pueblo en medio del exilio.

Podemos leer sobre las tribulaciones por las que estaba pasando David al final del Salmo 86, cuando se mencionan a hombres que quieren matarle. Esto es algo realmente preocupante y David se postra en oración a causa de ello. El salmo comienza con una serie de súplicas pidiendo la atención de Dios. Pero ¿por qué David acude a Dios en desesperación? Porque «tú, Señor, eres bueno y perdonador; grande es tu amor por todos los que te invocan» (Sal. 86:5).

En la siguiente sección del salmo, David recuerda las grandes obras de redención que Dios ha hecho por Su pueblo en medio de la tribulación, y cómo un día todas las naciones también alabarán a Dios por sus grandes

obras. David ora para que un día él pueda alabar a Dios con todo su corazón a pesar de la presente tribulación. Pero ¿por qué está David tan seguro que las naciones alabarán a Dios y un día, él alabará a Dios también? «Porque grande es tu amor por mí: me has librado de caer en el sepulcro» (v. 13).

Finalmente, David termina confesando su tribulación ante Dios y pidiendo por redención para sí mismo y castigo para los que lo afligen. Pero ¿en base a qué puede pedir David justicia a Dios? La respuesta está en el versículo 15: «Pero tú, Señor, eres Dios clemente y compasivo, lento para la ira, y grande en amor y verdad».

El *hessed* de Dios, que redimió a David del presente peligro eminente y el futuro peligro eterno, apunta hacia, y es evidenciado en su mayor potencia en la cruz, donde a pesar de ser pecadores, Cristo murió por nosotros para que seamos salvados de la ira de Dios venidera (Rom. 5:8-11) y santificados por medio de la tribulación presente (2 Tes. 1:5-12). Este mismo *hessed* nos impulsa a orar en medio de la tribulación para confesar nuestra desesperación, a recordar la historia de redención que culminará con todas las naciones adorándole y anhelando el día que Dios traerá completa justicia y redención a nosotros y a este mundo roto por el pecado. Creyente en tribulación, en base al *hessed* de Dios, hoy puedes ir con certeza al trono de gracia.

## SALMO 33

«El Señor frustra los planes de las naciones; desbarata los designios de los pueblos. Pero los planes del Señor quedan firmes para siempre; los designios de su mente son eternos»  
(Sal. 33:10-11).

Hay una clara alegría en pertenecerle al Señor cuando lo conocemos. Esta canción inicia haciendo una invitación a los «justos», y nos dice que «es propio de los íntegros alabar al Señor». Allí radica el gozo y la canción: en que Dios, sobrenaturalmente, nos regala corazones nuevos que pueden, con el poder de Su Espíritu, reconocerlo como Señor. Es bueno que los que hemos nacido de nuevo expresemos quién es el que nos hizo y nos salvó. Expresarlo constantemente nos sostiene. Nos hace bien porque es verdad siempre, en medio de lo que sea. Toda verdadera alabanza surge de un corazón no dividido, sino constantemente asombrado de la grandeza, poder, bondad y soberanía del Señor; de un corazón inclinado hacia el arrepentimiento y enternecimiento diario.

Sin embargo, amada familia de Dios, el temor llegará y espionará por tu ventana y tocará la puerta, intentará pasar a la sala y, si lo dejas, se hará un café en tu cocina hasta instalarse para quitarte la confianza de tu lugar seguro. Aprender a reconocerlo, a olfatearlo, será una tarea más fácil a medida que te acerques a la Escritura y aprendas a reconocer, caminar, oler y disfrutar a tu Padre. El salmista enumera aquí una tremenda lista con solo algunas de las características de Dios, quien jamás ha sido diferente: cuando Él habla, crea; Él planea y las cosas pasan; es un Rey que observa y controla todo; es un Señor bueno que protege a los suyos y jamás deja de amar. Pero ¿yo soy

justo?, ¿soy íntegro? Quizás este tiempo el Señor ha estado llamándote y Su voz se hace cada vez más fuerte. ¡La mejor noticia es que te está llamando a cantar de alivio! Porque un día, hecho carne y hueso, el Verbo, Su Palabra, vino a vivir la vida perfecta que tú jamás podrías vivir, para entregarla en intercambio por la tuya y así, no solo dejar tu expediente en blanco para que trataras de nuevo, sino te declaró justo e íntegro, porque firmó Su Nombre sobre el tuyo.

¡Puedes cantar este salmo con todos los santos! Espera confiado en el Señor porque Él te socorrió y te cubre. Puedes regocijarte con todo tu corazón porque ser íntegro es no confiar en tus fuerzas, artimañas o manipulaciones, sino ver la bondad de Dios. ¡Vamos! Puedes rendirte, confesar y enmendar, porque el gran amor del Señor te acompaña, puedes cantar mientras esperas en Él.

«Regocijarte en las comodidades temporales es peligroso, regocijarte en ti mismo es necio, regocijarte en el pecado es fatal, pero regocijarte en Dios es celestial».<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Comentario Bíblico digital, *Enduring Word*, <https://enduringword.com/comentario-biblico/salmo-33/>

Día 17

## SALMO 9

«En ti confían los que conocen tu nombre,  
porque tú, Señor, jamás abandonas a los que te buscan»

(Sal. 9:10).

Mi pequeño de menos de dos años puede arrojarse desde el sofá de la sala con una enorme sonrisa en el rostro y sin temor. No lo hace porque caer no duela, o porque domine el uso de sus piernas (sigue cayéndose con bastante frecuencia cuando corre). Él se arroja desde el sofá con confianza porque sabe que su papá está cerca. Extiende sus brazos y pega un brinco con la convicción de que será recibido en los brazos de su padre.

Mi pequeño confía. Sabe que su papá es fuerte para sostenerlo. Sabe que su papá está atento y no lo dejará caer. Un niño confía en su padre porque conoce a su padre.

¿Será que nosotros conocemos al nuestro?

Nuestro Padre es el Señor del universo. Él tiene cuidado y control. Él «reina por siempre» (v. 7). Él conduce todas las cosas hacia donde deben ir. Él «juzgará al mundo con justicia» (v. 8). Dios no necesita nuestra ayuda. Él es bueno y soberano.

En medio del dolor, podemos levantar nuestro clamor hacia el Señor. Pero este clamor no es un clamor sin esperanza. La oración de los redimidos es una oración llena de confianza, porque hemos conocido a nuestro Dios. Conocemos Su poder, conocemos Su bondad. Sabemos que Él es «refugio de los oprimidos; es su baluarte en momentos de angustia» (v. 9). Sabemos que el pecado y la muerte no tienen la última palabra. Cuando contemplamos a Dios en medio del dolor y la incertidumbre, podemos adorar porque

conocemos a Aquel que ha vencido. Él no se quedó mirando la injusticia desde Su trono; en el tiempo perfecto, Él descendió y cargó la injusticia sobre Su cuerpo. Él fue molido por los impíos para que pudiéramos ser contados entre los justos.

Este es el Dios a quien adoramos. Este es el Dios en quien confiamos.

Los tiempos difíciles nos recuerdan que no confiamos en Dios porque tenemos comodidades terrenales. No descansamos en nuestra salud, nuestras finanzas, o nuestros gobiernos. Tenemos la seguridad de algo muchísimo mejor. Si el desastre o la tiranía humana nos arrebatara todas las cosas, lo más importante permanece. Incluso las mejores partes de este mundo quebrantado son solo un vistazo de la gloria que nos espera en la eternidad. En el tiempo de escasez podemos colocar nuestra mirada en nuestro mayor tesoro —nuestro Salvador— y depositar nuestra confianza en Él.

Cada mañana, llevemos nuestra alma a mirar a Aquel que fue abandonado para que los suyos no fueran abandonados jamás. Al contemplarlo, no podremos evitar irrumpir en adoración a Su nombre. Él es digno. Él tiene el control. Él juzga con justicia. Él es bueno. Él es Dios.

El Señor del universo promete que no nos dejará caer. Corramos a sus brazos.

## SALMO 61

«Porque tú eres mi refugio, mi baluarte contra el enemigo.

Anhelo habitar en tu casa para siempre y  
refugiarme debajo de tus alas»

(Sal. 61:3-4).

En medio de la aflicción, nuestro primer instinto podría ser sonreír y pensar que todo estará bien. Dios está en control. ¿Por qué deberíamos lamentarnos? No hay nada que temer.

Aunque repetir una y otra vez que todo estará bien puede ser tentador, la Escritura nos muestra otra manera de responder al dolor. Sí, Dios está en control, pero eso no significa que no exista razón para clamar.

Dios creó un universo en perfecta paz y armonía, pero nosotros lo hemos arruinado. Desde que Adán y Eva fueron expulsados del Edén, las cosas no andan bien. Afortunadamente, ese no es el final de la historia. El Señor ha dispuesto restaurar todas las cosas. A través del sacrificio de Jesús, Dios recibe a pecadores arrepentidos como miembros de Su familia. Su pueblo vivirá junto a Él por la eternidad, sin dolor, aflicción, ni enfermedad.

Los cristianos vivimos a la luz de esta esperanza. Corremos hacia la meta con los ojos fijos en Jesús y lo que Él ha hecho a nuestro favor. Sin embargo, el camino por el que andamos no es un camino fácil de transitar. Vivimos en un mundo caído, un mundo quebrantado. Con frecuencia experimentamos aflicción por nuestro pecado y el pecado de otros. Una y otra vez somos confrontados con la realidad de los cardos y espinas de un mundo que no funciona como debería.

Todo eso duele. Duele mucho. Y nuestro Señor lo sabe. Por eso nos invita a clamar a Él (Mat. 7:7-12).

David conocía a su Dios, por eso podía cantar: «Desde los confines de la tierra te invoco, pues mi corazón desfallece; llévame a una roca donde esté yo a salvo» (Sal. 61:2). Y cada cristiano puede elevar la misma canción de confianza al Señor.

En medio de cualquier sufrimiento, tú y yo podemos invocar a Dios con toda honestidad respecto a nuestro dolor. Podemos expresar nuestro cansancio y pedir el amparo del Rey. Y eso no es todo. Cuando clamamos, también podemos estar convencidos de que el Señor del universo escucha nuestro clamor.

¿Por qué? Solo por Cristo.

Jesús clamó a Su Padre desde la cruz sin obtener respuesta para que nuestro lamento jamás fuera ignorado. Cristo fue desamparado en el madero para que nosotros pudiéramos correr a los brazos del Padre y no ser abandonados jamás.

El tiempo de dolor no es un tiempo para ocultarnos y alejarnos del Señor. Invoquemos Su nombre. Que nuestro sufrimiento nos lleve hacia Él, para que lo conozcamos de manera más profunda como nuestro refugio y disfrutemos del abrigo que encontramos bajo sus alas.

No tenemos que pintarnos una sonrisa en el rostro. No tenemos que fingir que no nos duele. Clamemos, que Dios está escuchando.

Día 19

## SALMO 32

«El Señor dice: “Yo te instruiré, yo te mostraré el camino que debes seguir; yo te daré consejos y velaré por ti”»

(Sal. 32:8).

Recuerdo un viaje que hicimos hace muchos años, desde Canadá hasta Florida. En ese entonces no había teléfonos inteligentes, apenas comenzaban los GPS. Así que no teníamos otra alternativa que usar mapas impresos que incluían los lugares en construcción, desvíos y rutas alternas. ¡Ahora eso parece de otro mundo!

Todo marchó bien, pero al regreso, el chofer y su «copiloto» se distrajeron tanto en la conversación que se olvidaron de mirar el mapa. Cuando los demás despertamos, vimos un letrero que indicaba que estábamos regresando a los Estados Unidos y no entrando a Canadá, como se suponía. ¡Lo peor es que no sabíamos dónde estábamos exactamente!

No sé si algo semejante te haya sucedido alguna vez. Quizás no, pero sí es muy posible que en el transcurso de tu vida te hayas sentido perdido, sin mapa ni instrucciones. Es posible que hayas llegado a una encrucijada y no sepas si dirigirte a la derecha o a la izquierda. A lo mejor ahora mismo te sientes así. Tal vez eres uno de los tantos que han perdido su trabajo a causa de una economía que se desmorona. Incluso pudiera ser que estés enfermo o te preguntes qué pasaría si contraes el virus. Si escuchamos las noticias, si buscamos en las redes, incluso si conversamos con muchas personas, hay un sentimiento generalizado de incertidumbre. ¿Qué va a suceder? ¿Qué rumbo tomará nuestra vida luego de esta pandemia? Todos hablan, pero en realidad nadie tiene «el mapa», nadie sabe a ciencia cierta... ¡excepto Dios!

Nuestro Dios es un Dios bueno, que no nos deja a la deriva ni se olvida de nosotros, ni siquiera en medio de una crisis como esta. La Escritura nos recuerda Su bondad de muchas maneras, como en el pasaje que citamos al comienzo.

No perdamos de vista esa palabra de dos letras que encierra todo el poder del mundo: «Yo», dice Dios. Él mismo nos instruirá. Y lo ha hecho ¡Tenemos la Biblia! En tiempos como estos es en ella donde tenemos las respuestas para el desasosiego, el temor y la duda. Además, nos asegura que Él nos enseñará el camino. Cuando nuestra confianza está puesta en Dios, podemos tener la certeza de que Él guiará nuestros pasos, no importa cuán oscura o incierta parezca la travesía. ¿Por qué? Porque Él es bueno y fiel a Su Palabra.

Pero no solo nos dice que nos instruirá y mostrará el camino, también nos promete Su cuidado: yo velaré por ti. Otras versiones dicen «sobre ti fijaré mis ojos». ¿Te imaginas? El Dios soberano, creador y omnipotente promete cuidarnos de tal manera que sus ojos están puestos en nosotros.

Este salmo lo escribió David luego de haber experimentado la bondad del perdón de Dios tras su pecado. Dios es bueno. Nosotros también hemos sido perdonados en Cristo y sabemos que nada nos separa de Su amor ni de Su promesa de cuidar y velar por nosotros. ¡Aunque ahora mismo no sepamos exactamente dónde estamos!

Día 20

## SALMO 103

«Alaba, alma mía, al Señor,  
y no olvides ninguno de sus beneficios»  
(Sal. 103:2).

En estos días de pandemia circulan por las redes todo tipo de imágenes, de esas que conocemos como «memes» y que buscan hacernos reír a pesar de lo que se vive. En varias de esas imágenes se hace referencia a regresar en el tiempo y comenzar el año de nuevo, otras hablan de avanzar rápidamente y llegar al año 2021. Hubo una que simulaba una clase de historia, en un tiempo futuro, y en la que el maestro ignoraba 2020, como si nunca hubiera sucedido. Tal vez las has visto y sabes a lo que me refiero, pero la verdad es que los que hayamos vivido la pandemia de Covid-19 difícilmente podremos olvidarlo. Demasiado dolor, demasiadas muertes, demasiado de una vida que jamás imaginamos. Cuando el tiempo pase, lo recordaremos como un capítulo difícil de nuestra historia.

No obstante, todavía lo estamos viviendo, y ahora, en medio de la incertidumbre y el dolor, hay algo que sí debemos recordar a nuestra alma con certeza, cada día: Dios es bueno, no importa lo que suceda. Una tentación que enfrentamos en tiempos de crisis es poner nuestra mirada en las circunstancias y no en quién es Dios; nos olvidamos de todas las cosas buenas que Él ya ha hecho por nosotros, verdades que no dependen de nuestra salud, ni situación económica ni estado anímico.

Esas fueron las verdades que David plasmó en el Salmo 103, como si estuviera haciendo un llamado a su memoria, enumerando las bondades de Dios. Hoy, muchos siglos después, del otro lado de la cruz, nosotros podemos hacer lo mismo.

«Alaba, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios» (v. 2). Dios es bueno. Nos ha perdonado nuestros pecados (v. 3) porque nos dio a Cristo. Dios es bueno.

Aunque en este mundo padezcamos enfermedad, un día estaremos libres de toda dolencia (v. 3) porque Cristo las llevó por nosotros. Dios es bueno.

Aun cuando muramos, no quedaremos en el sepulcro (v. 4), porque en Cristo tenemos vida eterna. Dios es bueno.

Incluso en los momentos en que nos sintamos más solos y desamparados, Él nos ama y nos muestra compasión (v. 4). Dios es bueno.

Este es un mundo injusto, lleno de opresión y abusos, pero nuestro Dios establecerá Su reino de justicia (v. 6) y terminará con estos males para siempre. Dios es bueno.

A pesar de ser el Dios del universo, nos ha mostrado sus obras y sus caminos, se nos ha revelado en Su Palabra (v. 7). Dios es bueno.

Nos otorga Su misericordia porque no nos trata como lo merecemos debido a nuestro pecado (v. 10). Dios es bueno.

Nuestra vida es efímera, pero Dios y Su amor son eternos y no cambian (v. 17). Dios es bueno.

El mundo pudiera parecer fuera de control, al revés, pero Dios sigue estando en Su trono, reinando como Soberano (v. 19). Dios es bueno.

Sin duda, el 2020 será un año inolvidable para muchos; pero estas verdades también lo son; debemos recordarlas y proclamarlas cada día, ¡porque nuestro Dios es bueno!

Día 21

## SALMO 90

«Señor, tú has sido nuestro refugio  
generación tras generación»  
(Sal. 90:1).

En momentos de peligro físico todos buscamos un lugar seguro para refugiarnos. Pero ¿dónde buscamos refugio para los temores del alma? Dios mismo es nuestro refugio.

Moisés conoció muy bien el temor que se siente al enfrentar las consecuencias del pecado contra el Dios santo. Este salmo que Moisés escribió nos ayuda a buscar con un corazón humilde y arrepentido al Dios de nuestro refugio.

Moisés escribe este Salmo posiblemente después de escuchar el juicio de Dios contra Israel por poner a prueba al glorioso Señor, ya que temió más a los fuertes de la tierra y no al poderoso Creador de la tierra (Núm. 14:22–23). Aquí tenemos una oración que nos guía en momentos de prueba a examinar nuestro corazón confiados, no en nosotros mismos, sino en el Señor.

¿Por qué buscar refugio en el Señor? Primero, porque Dios siempre ha sido el refugio de Su pueblo. No hay otro como Él y solo Él es el lugar seguro de generación en generación. Sus hijos han buscado refugio en Él porque saben, o deben saber, que son peregrinos en esta tierra y nuestra morada está con Él por la eternidad. Sin embargo, en muchas ocasiones hemos buscado refugio en lugares y personas equivocadas.

Por eso, lo segundo que Moisés explica es que el pueblo de Dios, aun teniendo al eterno Dios, no vive para Él, y Dios, como nuestro refugio, no puede permitir que Su gloria sea minimizada al ver que buscamos otros

refugios. Por ende, lo tercero que observamos es que las consecuencias de nuestros pecados son serias y Dios, como el Refugio verdadero, tiene que revelarnos esos lugares que hemos construido como nuestro lugar seguro.

Ya que el Señor es bondadoso, no permitirá que sus hijos busquen en otro lugar solo lo que Dios nos puede dar: verdadero refugio en el Redentor soberano. Es necesario que los creyentes entendamos que el Señor permite todo tipo de circunstancias difíciles y toda pandemia para recordarnos lo temporal de esta tierra y lo frágil que somos. ¿Dónde está tu refugio?

Lo cuarto y último que notamos es este llamado a la verdadera sabiduría, ya que necesitamos al eterno Dios para saber cómo vivir esta vida que nos ha dado. Moisés pidió sabiduría al Dios sabio para que, aun en medio de la prueba, entendiera que solo Él es la fuente de misericordia, gozo, y gracia. Todo esto se puede vivir incluso en medio de la prueba.

Es en la prueba donde muchas veces Dios nos recuerda que somos obra de sus manos y que por Cristo somos nuevas criaturas en un mundo que espera los nuevos cielos y la nueva tierra. Son en tiempos de aflicción que la bondad de Dios se manifiesta tangiblemente para formar en nosotros la imagen de Cristo. «Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica» (Ef. 2:10).

## SALMO 95

«Vengan, postrémonos reverentes, doblemos la rodilla ante el  
Señor nuestro Hacedor»  
(Sal. 95:6).

Recuerdo leer esta frase: «Las personas no se convierten en los ídolos que adoran ni se convierten en el Dios al que adoran, sino que se vuelven como los ídolos o como Dios». Lo que esto quiere decir es que nos pareceremos cada vez más a quien estamos adorando y obviamente el llamado de todo creyente es ser más como Cristo, por eso nos postramos ante Él.

La adoración es un regalo de Dios y una oportunidad para levantar, en toda circunstancia, nuestra mirada al soberano Dios. Adoramos a Dios en tiempos de alegría como también en tiempos de tristeza, y esto es posible porque el fundamento de la verdadera adoración es Dios. Es por eso que este salmo nos presenta una invitación a la adoración en dos partes, con dos fundamentos sólidos en Dios y un llamado a responder humildemente.

El rey David nos llama primeramente a venir a Dios con cánticos de gozo. El gozo es la expresión del corazón que ha entendido que el Señor es la roca de su salvación. Cuando nuestra adoración va dirigida al Señor recordamos todas sus obras y venimos ante Él con acción de gracias. Es fácil en momentos de aflicción mantener nuestra mirada en el problema, pero es aquí cuando debemos levantar nuestra mirada al Señor que gobierna todo problema.

Así que, el fundamento para esta invitación de adoración en todo tiempo es la grandeza del Señor y Rey de la tierra. Solo Dios es el Soberano que tiene control de todo lo creado y por eso en medio de la tempestad pedimos fe para creer que Cristo tiene el control absoluto de toda Su creación (Mat. 8:23–27).

El segundo llamado es a venir a Dios con una actitud humilde. La humildad tiene que ver con el reconocimiento que yo no tengo control de mi vida y dejo todo orgullo a un lado para postrarme delante de quién controla mi vida y las circunstancias. El salmista dice que vengamos postrados y arrodillados ante nuestro buen Pastor. ¿Porque debemos acudir a Él con humildad? Porque Él es el Dios de sus ovejas y ha prometido llevar toda nuestra ansiedad sobre Él. Como lo explica Pedro: «Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes» (1 Ped. 5:7). Entonces, respondamos en obediencia y no como Israel, quien tentó al Señor al murmurar contra Él en Meriba (Ex. 17:2-7) y respondió con temor a los hombres en vez de confiar en el Señor (Núm. 14).

Respondamos gozosos ante el Señor con obediencia porque Él ha prometido darnos un descanso eterno en los nuevos cielos y la nueva tierra, asegurándonos en Cristo, porque Él «es fiel como Hijo al frente de la casa de Dios. Y esa casa somos nosotros, con tal que mantengamos nuestra confianza y la esperanza que nos enorgullece» (Heb. 3:6). ¡Cuán bondadoso es nuestro Señor! ¡Adorémoslo y seamos como Él!

## SALMO 68

«Nuestro Dios es un Dios que salva;  
el Señor Soberano nos libra de la muerte»  
(Sal. 68:20).

Es difícil recordar cuando todo iba bien. Cuando los días pasaban alegres, o hasta aburridos, sin sorpresas ni sobresaltos. Pero el día de la prueba llega, inesperado, abrumador. Atemoriza y aun rebasa nuestra capacidad de reaccionar correctamente. Nos hace olvidar los días buenos.

Este salmo comienza con una frase: «Que se levante Dios, que sean dispersados sus enemigos, que huyan de su presencia los que le odian» (v. 1). La misma frase la pronunciaba Moisés cuando los israelitas partían con el arca en el desierto hacia una nueva dirección dada por Dios. Su presencia en la nube los guio de día o de noche, a la vista de todos, cuidando de ellos, durante 40 años. Quizás nuestra mente pueda imaginar todas esas escenas. Cuánta confianza infundía la presencia de Dios. Todo esto recuerda este salmo, considerado también un cántico de victoria.

Hoy, Dios sigue levantándose y esparciendo a sus enemigos. Su presencia se hace evidente por las muchas promesas que nos acompañan en medio de cada prueba para darnos la confianza de que va con nosotros.

Padre de huérfanos, defensor de viudas, quien hace habitar en familia a los desamparados, y quien saca a los cautivos a prosperidad. Así es descrito Dios entre las líneas del salmo (vv. 5-6). Al mismo tiempo, el canto proclama la victoria del Señor, mencionando cómo son esparcidos sus enemigos y cómo Él pone Su habitación en un monte alto (v. 16). La frase: «Ascendiste a las alturas, te llevaste contigo a los cautivos» (v. 18) tiene un valioso significado porque describe en pocas palabras la forma en que Dios logra la victoria. Esta

misma frase la usó el apóstol Pablo para mostrar la victoria completa que tenemos en Cristo Jesús (Ef. 4:8). Esa victoria también opera a nuestro favor.

Así, el salmista exclama: «Bendito sea el Señor, nuestro Dios y Salvador, que día tras día sobrelleva nuestras cargas» (v. 19). Y descubrimos entonces dos cualidades más de Dios: nos colma cada día de bendiciones y nos recuerda que Él salva. ¿Por qué no entonces, en tiempos de crisis, recordar las bendiciones que cada día recibimos de Él, aun cuando sufrimos?; y junto con esto, recordar que Él es el Dios de nuestra salvación. El siguiente versículo señala: «Nuestro Dios es un Dios que salva; el Señor Soberano nos libra de la muerte» (v. 20). Esta exclamación de David hace una pausa para declarar: «Nuestro Dios». Solo aquel que toma humildemente el regalo de vida que Dios ofrece para todos nosotros y hace de Dios, su Dios, puede experimentar esta confianza. ¿Es entonces Dios, tu Dios?, ¿es cercano y personal? Él tiene todo el poder para salvar, aun de la misma muerte. Y muchos testigos bíblicos lo atestiguan.

El pasaje termina con esta declaración: «En tu santuario, oh Dios, eres imponente; ¡el Dios de Israel da poder y fuerza a su pueblo! ¡Bendito sea Dios!» (v. 35). Un día la prueba pasará. Su salvación llegará. Será reconstruido lo que hoy trae dolor, sufrimiento, inquietud. Confía en Dios. ¿Cuánto durará la prueba? No lo sé, pero sí sé que ¡Dios salva aun de la muerte!

## SALMO 91

«Solo él puede librarte de las trampas del cazador y de mortíferas plagas» (Sal. 91:3).

Las verdades de Dios son inmutables, permanecen para siempre y nunca cambian. Aquellos que viven en comunión con Dios en un proceso de santificación continuo, vivirán en un estado de paz y seguridad que solo Dios puede otorgar. ¡Cuánta tranquilidad y confianza podemos tener al saber que vivimos ante Su presencia!

Cuando Dios nos trae al arrepentimiento de nuestros pecados para reconocer a Jesucristo como nuestro Salvador y Señor, nuestra manera de vivir y pensar cambia radicalmente. Este nuevo nacimiento trae la conciencia de la presencia de Dios a nuestra vida. R. C. Sproul lo define así: «Vivimos completamente en la presencia de Dios, bajo la autoridad de Dios y para la gloria de Dios».

La bondad de Dios se pone claramente de manifiesto en el proceso de salvación y nos brinda la oportunidad de vivir por Él y para Él. Esta es la base de una clara interpretación de este hermoso salmo, uno de los pasajes más importantes de las Escrituras, conocido por la gran mayoría de creyentes, pero regularmente interpretado de manera errónea.

La etimología de la palabra «habitar» hace referencia a vivir de manera continua, hacer allí nuestra morada, volver de este espacio un lugar propio de permanencia. Esto quiere decir que la conciencia de Su presencia constante en nuestra vida y Su bondad, por medio de la cual podemos acceder a sus promesas, nos permite caminar confiados sin importar las circunstancias. Si solo acudimos a Él en los momentos apremiantes de nuestra vida, no podemos afirmar que habitamos en Él permanentemente.

Aquellos que hemos respondido al llamado de Dios no solo tenemos el privilegio de que Él sea nuestro protector, sino que también encontramos en Él todo lo que necesitamos o podemos desear; Dios es suficiente para llenarlo todo. Los que hemos encontrado nuestro refugio en Él no podemos desear lo que otros desean. Las bondades de Dios que se manifiestan por medio de nuestra familia, pareja e hijos, son complementos de la satisfacción única que podemos encontrar solo en Él. Lo mejor que podemos recibir ya fue dado, la mayor muestra de la bondad de Dios fue entregada por medio del sacrificio de Jesucristo y lo que necesitamos para vivir confiadamente ya fue hecho.

Es Dios, en Su bondad, quién nos libra de «las trampas del cazador» y nos protege en Su gracia divina de las tentaciones del enemigo y de las «mortíferas plagas» que provienen de nuestra naturaleza pecaminosa. C. H. Spurgeon comentó sobre este pasaje: «Seamos cuidadosos, ciñámonos con el poder y la omnipotencia de Dios, entonces Su Santo Espíritu nos guardará, y podremos pisar al león y a la víbora, y el dragón sucumbirá debajo de nuestros pies y seremos liberados del lazo del cazador». Qué descanso podemos encontrar al saber que es Dios quien nos guía y protege.

Pase lo que pase, nada podrá lastimar permanentemente a quien Dios ha alcanzado, esto nos da la seguridad de que los problemas y las aflicciones que podamos enfrentar vendrán no para nuestro mal, sino para nuestro bien. Su promesa es que nos libraré a Su debido tiempo y siempre estará con nosotros. ¡Que la gloria sea para Él!

## SALMO 28

«Bendito sea el Señor, que ha oído mi voz suplicante»

(Sal. 28:6).

¿Quién de nosotros no ha dicho en momentos de tristeza o de ansiedad: «A ti clamo, Señor [...], no te desentendas de mí»? ¿Quién de nosotros, sintiéndose abrumado por los problemas, las dificultades y los riesgos de una hora difícil como esta, no ha dicho: «Oye mi voz suplicante»? (vv. 1-2).

Ciertamente, cada uno de nosotros ha expresado de alguna manera el sentido de esta oración. Por momentos nos ha parecido que Dios se ha olvidado de nosotros, nos ha abandonado a nuestra suerte, o que simplemente no nos escucha ni atiende a nuestros ruegos.

Es bueno saber que, antes de nosotros, alguien como David expresó estos mismos sentimientos y externó estas mismas preocupaciones delante de Dios. Pero qué bueno es saber también que nosotros tendremos igualmente la misma respuesta que tuvo en su momento el salmista. Porque en efecto, Dios no nos ha olvidado, no se ha desentendido de nosotros, ni tampoco ha desechado nuestra oración ni cerrado sus oídos a nuestros ruegos.

El salmista exclama: «Oye mi voz suplicante cuando a ti acudo en busca de ayuda» (v. 2). Hermano, no dejes de clamar al Señor ni de alzar tus manos al Altísimo. Insiste delante del trono de la gracia porque hay gracia suficiente en Aquel que nos escucha. La promesa de Dios es que aquel que clama será escuchado. Y precisamente eso es lo que afirma este salmo.

Considera la manera cómo el tono de esta porción cambia en el versículo 6. El salmista testifica que el Señor oyó sus ruegos. Y de la misma manera, oírás los tuyos si te vuelves a Él con fe.

Justamente por eso, este salmo termina con una expresión de alabanza

porque Dios: «Bendito sea el Señor, que ha oído mi voz suplicante» (v. 6). Y esta es una verdad que se repite una y otra vez en las Escrituras. Dios oye nuestros ruegos, aun cuando nos parezca que no, o que Su respuesta tarda. El oye nuestros ruegos y contestará nuestras oraciones.

Por eso, podemos decir con el salmista «el Señor es mi fuerza y mi escudo» (v. 7). No lo olvides, en una hora como la que estamos viviendo, recuerda que tu fuerza y tu protección se encuentran en el Señor. En medio de nuestra debilidad, Él es nuestra fuerza y, en nuestra vulnerabilidad, Él es nuestro escudo protector. Tú también podrás exclamar como este precioso salmo: «... De él recibo ayuda. Mi corazón salta de alegría, y con cánticos le daré gracias» (v. 7). Sí hermano, serás ayudado. Ninguna oración será desatendida, ninguna situación, por difícil que sea, escapará a la mano protectora y bienhechora del Señor. El Señor acudirá en tu ayuda.

Este salmo termina con una petición. «Salva a tu pueblo, bendice a tu heredad, y cual pastor guíalos por siempre» (v. 9). Estas palabras son un eco del Salmo 23, que nos recuerda que Dios es nuestro pastor. Él conduce nuestras vidas y sustenta nuestra existencia. No lo olvides. Amén.

## SALMO 25

«Quien en ti pone su esperanza jamás será avergonzado...»

(Sal. 25:3).

Una de las cosas que hace más interesante el Libro de los Salmos, es que nos permite identificarnos con las emociones que los autores reflejaban y que a menudo son las que nosotros mismos sentimos y expresamos.

Eso es evidente en el salmo de hoy. El salmista no duda en expresar su sentimiento de soledad y de aflicción. En el breve contenido de dos versículos (vv. 16-18) el autor sagrado nos habla de aflicción, angustias y congoja. ¿No es cierto que estas palabras reflejan nuestras emociones en tiempos como estos?

Pero junto con estos pensamientos, a menudo dolorosos, los salmos nos guían hacia Aquel que puede ayudarnos y sostenernos en medio del dolor y el temor: Dios. Porque en efecto, el primer versículo señala: «A ti, Señor, elevo mi alma» y el versículo seis afirma: «Acuérdate, Señor, de tu ternura y gran amor, que siempre me has mostrado».

Ninguna otra cosa es mejor en esta época de pandemia que levantar nuestra mirada y nuestra oración al Señor y pedir que Él se acuerde de nosotros, que tenga en cuenta sus muchas misericordias, que perdone nuestros pecados, que nos mire con gracia y con compasión.

Reconozcamos hoy que nuestro Señor es el Dios de nuestra salvación (v. 5). Tengamos presente que nuestro Dios es «bueno y justo» (v. 8) y que todos sus tratos con nosotros están fundados en Su misericordia y Su fidelidad (v. 10). Así que no te olvides hoy de estas verdades. Sostén tu corazón acongojado en la confianza de que Aquel que ha sido tu salvación y tu ayuda lo seguirá siendo en esta época.

El versículo 13 nos recuerda que en el Señor está nuestro bienestar. De hecho, es el mismo término que aparece en el Salmo 23:6, y que nos recuerda que ese bien de Dios permanecerá en nuestras vidas «todos los días», por encima de toda circunstancia.

Por eso, en este tiempo de angustias y preocupaciones volvámonos una y otra vez al Señor con la actitud de confianza y de seguridad que expresa el versículo número 15: «Mis ojos están puestos siempre en el Señor, pues solo él puede sacarme de la trampa». Es en el Señor en donde encontraremos, el socorro y la ayuda que nuestras vidas necesitan para un momento como este.

Por lo tanto, es a Él a quien cada día debemos mirar, es a Él a quien debemos elevar nuestra alma (v. 1) y es en Él en quien debemos confiar. Las Sagradas Escrituras nos invitan confiar en el Señor, entendiendo que el que confía en Él no será avergonzado (v. 20). Es decir, tu fe no será defraudada, Dios te ayudará.

Podemos confiar en Dios porque aquellos que confían en Él no serán avergonzados ni confundidos (v. 3). Es por lo tanto bajo Su gracia y misericordia en donde nuestros corazones no solo encontrarán la paz y la tranquilidad que necesitan, sino que nuestras vidas caminarán con seguridad y certidumbre en un mundo de tantas dificultades (vv. 4-5,12). Abrázate a Él. Él te librará de todas tus angustias (v. 22). Amén.

## SALMO 51

«Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor;  
conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones»

(Sal. 51:1).

¿Has mordido el fruto del pecado y te has sumergido en la culpa como consecuencia de tus acciones? David sabe lo que se siente. Yo también. Él estuvo hundido en el lodo, donde solo podía oler la podredumbre de su alma y sentir un horrible distanciamiento de Dios. Su corazón lo persuadió de que podía coquetear con el pecado y no sufrir consecuencias.

El pecado lo invitó a salir de paseo, luego lo sedujo a probar lo prohibido. Y él cayó en la trampa. El hombre cuyo corazón era conforme al de Dios, cedió a la tentación de acostarse con la esposa de uno de sus soldados, terminando postrado en dolor, vergüenza y culpa.

Pero Dios no lo dejó ahí. Como una manifestación de Su bondad, Dios envió al profeta Natán a confrontarlo para que despertara de la ceguera de su pecado, y lo movió al arrepentimiento. Es ahí donde nace este salmo. David apeló a la bondad de Dios porque sabía que en Dios encontraría lo que los hombres no le darían.

El rey, postrado con un corazón arrepentido, expresó su confesión con estas palabras: «Ten compasión de mí, oh Dios [...]. Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado. Contra ti he pecado, solo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos» (vv. 1, 3-4). Este clamor nos recuerda la realidad de nuestra condición, la necesidad de la bondad y misericordia de Dios, y nos invita a venir delante de Él confiadamente. Nos anima a correr a los brazos del Padre celestial, como niño que necesita socorro.

Este salmo es una invitación de Dios a venir a Su presencia. Al regazo del Dios que perdona, el único que puede borrar todas nuestras transgresiones. El único capaz de purificarnos y limpiarnos. El Dios que puede cambiar nuestros corazones y afectos.

¡Qué gloriosa noticia es que, al igual que David, Dios no nos dejó en lo oscuro de nuestra condición! Dios manifestó Su bondad hacia nosotros enviando a Cristo para cargar con los pecados de David y los nuestros. No importa en la dificultad que te encuentres, ¡nuestro mayor problema Cristo ya lo llevó sobre sus hombros en la cruz!

Si te sientes consumido por el pecado y la culpa, corre con los brazos abiertos a Aquel que un día abrió Sus brazos en la cruz por ti. Él cargó con tu vergüenza y la quitó de tus hombros. Aun en tus momentos más difíciles, aun en medio de tus angustias, exclama como David: «Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones» (v. 1). Corre a Él con un corazón contrito y humillado y ten la seguridad que Él te devolverá el gozo de tu salvación.

## SALMO 144

«Bendito sea el Señor, mi Roca, que adiestra mis manos para  
la guerra, mis dedos para la batalla»  
(Sal. 144:1).

En esta cuarentena, donde estamos pasando más tiempo juntos con hijos, padres y cónyuges, y debemos compartir dentro de limitaciones físicas y sin distancia social, inevitablemente surgen conflictos y diferencias grandes y pequeñas.

Debemos entender que hay una amenaza real de guerra espiritual en nuestros hogares y necesitamos la ayuda especial de Dios para ser rescatados y que, en Su bondad, nos conceda victoria sobre el pecado. Debemos orar para que la gracia del Señor nos siga capacitando, en especial a las madres, con manos y dedos físicos y espirituales (Sal. 144:1) en un tiempo de crisis.

En el Salmo 144:2, el salmista expresa: «Él es mi Dios amoroso, mi amparo, mi más alto escondite, mi libertador, mi escudo, en quien me refugio...». ¡Es un lenguaje militar! Y esa fuerza no sale de mí misma.

El Señor promete ayudarme a pelear esta guerra espiritual; Él pelea por mí, extiende Su mano y me rescata de caer. Me da la victoria sobre la tentación y el pecado de la falta de paciencia, la ira y el enojo.

En mis conversaciones durante estos días, ¿cómo voy a ir a la batalla espiritual? Cuando aparece la falsedad y la mentira de las acusaciones en tu hogar y familia, ¿cómo vas a responder? Ahí es donde la exhortación que aparece en este salmo puede ser de gran bendición.

Debemos pedir al Señor que nos ayude a comunicarnos bien; a discernir cuándo estamos respondiendo o reaccionando mal. Debemos estar alertas a

que la ley de clemencia esté en nuestras bocas. Debemos orar que Dios nos conceda gracia para tratar de mantener buenas actitudes en nuestra familia, pues todos estamos nerviosos, estresados y frustrados.

Cuando haya conflictos y pleitos, debemos pedir gracia para obrar de buena manera, utilizando las mejores intenciones. Por la gracia de Dios debemos esforzarnos en afirmar a otros miembros del hogar por lo que hacen bien; con genuina intención de alabar lo bueno.

También debemos pedir especial gracia para procurar vencer con el bien el mal y cuidarnos de los celos entre miembros de nuestra familia, considerando que somos un equipo. Estamos juntos para santificarnos y mortificar el pecado. La bendición vendrá a nuestra familia si, como creyentes, resolvemos vivir para Él.

Y es nuestra oración que podamos alcanzar la promesa del versículo 12: «Que nuestros hijos, en su juventud, crezcan como plantas frondosas; que sean nuestras hijas como columnas esculpidas para adornar un palacio». Que todos unidos seamos como esas columnas que unen y conectan, no que dividen, sino unifican; no que generan discordia entre sus miembros, sino que sostienen, porque llevan el peso y adornan con su hablar, con sus manos, con sus dedos y con su boca. Que juntos podamos reflejar la bondad de nuestro Dios.

## SALMO 142

«Ante él expongo mis quejas;  
ante él expreso mis angustias»  
(Sal. 142:2).

Durante este tiempo limitado en cuarentena, confinados en nuestras casas, David nos sirve de ejemplo. Él estaba escondiéndose de Saúl en cuevas y ahí gemía, gritaba y lloraba al Señor porque estaba acorralado, como nos sentimos algunos en este tiempo. En la circunstancia donde nos encontremos, podemos orar, clamar a nuestro buen y bondadoso Dios, porque Él es omnipresente y nos escucha. No importa que sea con voz audible o en silencio, Dios podrá entendernos. En el primer versículo, se hace referencia dos veces a la oración audible, pero más adelante se resalta una oración sin palabras: «Cuando ya no me queda aliento, tú me muestras el camino. Por la senda que transito algunos me han tendido una trampa» (Sal. 142:3).

Al ser honestos y sinceros, sin nada que esconder delante de Su presencia, confiamos en que Él, en Su bondad, no nos reprochará ni nos corregirá. Dios promete escucharnos y no rechazarnos. Podemos decirle con toda confianza: «Estoy desmayando, estoy solo, no hay quien me tome en cuenta, no hay refugio, no hay quien cuide mi alma, estoy muy abatido. ¿Dónde estás, oh Señor?».

Expresar mi queja contra Dios a otros en murmuración es pecado, porque atentamos contra Su atributo de bondad. Al quejarnos, expresamos que Él no ha sido fiel y que no es bueno. Pero la queja que traemos directamente a Dios en oración no es pecado. Puedo decirle: «Señor, quita esta prueba, pasa esta copa, sana esta enfermedad, dame ese empleo, provee este dinero, libérame de esta situación». Este clamor no es presuntuoso. Esta queja es un

lamento. Pero siempre debemos agregar: «Si es posible, pero no mi voluntad, sino como tú quieras».

Hay dos tipos de clamor o queja: primero, muchas veces en soledad, en mis adentros, sin voz y en silencio desmayamos, nadie conoce lo que sucede en nuestro interior; pero Él conoce nuestro camino y pensamiento. Otras veces, el clamor es audible, una súplica, un ruego, una oración, un grito, un lamento, un llanto.

Sí, en esta soledad podemos exclamar: «Señor, extraño la comunión y el congregarme con el pueblo de Dios; extraño adorar con hermanos; mira, ven, date prisa Señor; oye, escucha, atiende a mi súplica, corre, apresúrate, Señor, porque estoy solo, no hay quien me tome en cuenta, todos me han desamparado y abandonado» (ver 2 Tim. 4:16-18).

Vemos la bondad de Dios en proveer, a través de Su Iglesia, los medios para el cuidado espiritual de nuestras almas; por ello, debemos reflexionar sobre quién nos pastorea, cuáles líderes me cuidan, si pertenezco a un grupo pequeño, etc., porque nuestro crecimiento, cuidado y santificación demanda una comunidad de creyentes.

Sea el Señor nuestro defensor, Aquel delante de quien traigo mi queja por justicia. Sea Él nuestro refugio, nuestra porción, quien atienda a nuestras súplicas y a nuestro clamor.

Necesitamos humildad y pobreza de espíritu para que, en medio de nuestras pruebas, podamos cultivar una mayor dependencia de Él.

## SALMO 139

«¿Adónde me iré de tu Espíritu, o adónde huiré de tu presencia?» (Sal. 139:7).

¿Alguna vez has jugado al escondite con un niño? Es tan gracioso verlos tan convencidos de que están escondidos cuando partes de su cuerpo quedan al descubierto. Aún recuerdo cuando mis hijos se quedaban estáticos detrás de un mueble pequeño porque pensaban que no los estaba viendo.

La imagen de sus pies y sus cuerpecitos encorvados me recuerda ese momento en el Edén, cuando Adán y Eva pensaron que podían esconderse de su Creador. También me recuerda a situaciones difíciles en las que he pensado que Dios no me ve, o cuando he pecado porque no he tomado en cuenta que sus ojos están frente a mí. Ocasiones en las que he sentido que Él está ajeno a lo que se teje en lo profundo de mi corazón.

¿Has vivido tiempos así, en los que piensas que puedes esconderte de la presencia de Dios, o que Él está ajeno y ciego a tu realidad? El Salmo 139 es la declaración de un corazón que reconoce que Dios está en todas partes, y que Él conoce y ve todas las cosas. Y, a decir verdad, esta realidad pudiera ser aterradora o maravillosa.

Aterradora, porque a causa de nuestro pecado, desde el inicio hemos emprendido la huida. Queremos correr en dirección contraria a Dios porque sabemos que nuestra maldad nos condena. En vez de desear que nos escudriñe, nos avergüenza ser conocidos. E, irónicamente, pensamos que negar Su presencia nos hace invisibles delante de Él.

Pero si miramos esta declaración desde la cruz, donde el Hijo de Dios se entregó voluntariamente para recibir nuestro castigo; si la vemos a la luz de la obra perfecta de Cristo en nuestro lugar, reconociendo que Él ha limpia-

do toda nuestra maldad, y nos ha dado ha vestido de su justicia perfecta; si recordamos que no hay condenación para los que están en Cristo, *entonces* podemos declarar como el salmista «tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; es muy elevado, no lo puedo alcanzar».

En Cristo, nuestras vidas se desarrollan ante la mirada amorosa de Dios. Eso hace que todo lo ordinario se convierta en extraordinario. Nada es más hermoso que saber que Dios nos conoce hasta lo más íntimo, y aun así nos ama. Cada paso, cada acción, cada pensamiento, y hasta las palabras que no han sido pronunciadas. Sus manos nos formaron cuando nadie podía vernos, incluso antes que existieran razones para temer o motivos para sentir ansiedad. En Su soberanía, Él ha escrito los días que nos han sido dados. Nada puede cambiar esa verdad, nada escapa de su control.

Dios nos conoce cuando sentimos que podemos tocar las estrellas o si estamos en el momento más oscuro de nuestros corazones. Tanto en la cumbre como en el abismo, Él nos sostiene de Su mano. Graba esto en tu corazón: *Cristo es la mayor manifestación de la bondad de Dios para mí.* Gracias a Él, podemos clamar «escudríñame, oh Dios, conoce mi corazón; y guíame en el camino eterno».

# ÍNDICE DE CONTRIBUYENTES

Ávila, Ana.....	Día 17, 18
Barceló, David.....	Día 13
Barrios, Josué.....	Día 11, 12
Bello, Wendy.....	Día 19, 20
Burkholder, Justin.....	Día 5, 6
Chaur, Jairo.....	Día 14
Custodio, César.....	Día 24
de Fernández, Karla.....	Día 7
de López, Aixa.....	Día 16
Galeano, Michel.....	Día 21, 22
Gómez, Betsy.....	Día 30
Gómez, Moisés.....	Día 27
Méndez, Luis.....	Día 9, 10
Méndez, Vilma.....	Día 28, 29
Mendoza, José.....	Día 1
Moreno, José.....	Día 8
Noble, Freddy.....	Día 25, 26
Puente, Alberto.....	Día 15
Saladín, Patricia.....	Día 4
Scheraldi, Cathy.....	Día 2, 3
Zamarrón, Edgar.....	Día 23